

LOS ESCRITORES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA: CHATEAUBRIAND, VICTOR HUGO Y ANATOLE FRANCE

Por el Académico DR. EMILIO J. HARDOY

Introducción

Comparto el criterio de que la Historia tiene un carácter artístico y moralizador, y sólo subsidiariamente científico. El poeta fecunda la Historia Universal y este poeta es: la posteridad. Cada generación escribe la leyenda de las épocas que la precedieron.

La historia "objetiva" no existe, pues siempre está impregnada de inevitable subjetividad en la selección de los hombres y los acontecimientos. En la geografía se puede medir los accidentes naturales, mientras que en la biografía todo depende de la intuición, el tacto histórico, la sagacidad psicológica. En cuanto a la historia "pragmática" hay que decir que siempre es tendenciosa, porque persigue un fin que es extraño a la historia misma, de cautivar, imponer o amedrentar. En la historia "genética" hay que señalar que la causalidad del pasado es indescifrable. Los fenómenos físicos en el laboratorio se pueden repetir y constatar, en los fenómenos históricos esto es imposible y ellos sólo se dejan interpretar por la fantasía, por la experiencia recreadora.

La Historia nunca es imparcial. Cada época tiene su propia escala de valores para juzgar el pasado. Así, Egon

Friedell, que en buena medida inspira estas consideraciones, recuerda que Shakespeare fue muy cuestionado en la Edad Moderna; que sus contemporáneos admiraban más a Volpius, insignificante versificador, que a Goethe; que el cronista Chastellain de la Edad Media consagró sus rimas a Carlos VII de Francia y ninguna dedicó a Juana de Arco; y que Suetonio, en su biografía del emperador Claudio dice que “en aquella época los judíos instigaron en Roma la provocación de riñas y disputas sobre un cierto Cristo y debieron por eso ser expulsados”.

Muerto un personaje histórico empieza, como observa el mismo Friedell, “la incrustación, la fosilización y la petrificación”, es decir la leyenda, y con ella el mito, saludable o no, pero alejado de la realidad. En nuestra época pueden citarse los ejemplos de Churchill, De Gaulle y Stalin.

Spengler afirma que a la naturaleza hay que agasajarla “científicamente” y que sobre la Historia “hay que hacer versos”, es decir, imaginar la esencia de los protagonistas, y menester es convenir que si en esto se acierta no importa el error en los detalles o las circunstancias. Hay historiadores que nunca serán anticuados aunque estén plagados de errores, si lograron entender la época que describen. Y esto enaltece el valor histórico de la anécdota, y el de la visión poética. Por eso se ha dicho con razón que la visión irreal del poema de Dante es la mejor historia de la Edad Media porque es su mejor “interpretación”. Lo mismo cabe observar respecto de la *Iliada* o del *Poema del Cid Campeador*. Y también, en consecuencia de lo dicho, tiene razón Macaulay cuando sostiene que los mejores retratos requieren de alguna exageración, por lo que la caricatura ayuda a saber cómo realmente fueron los poderosos.

En nuestro tiempo se advierte una saludable rectificación al conceder a la historia cultural un rango cada vez más preeminente con relación al que ocupa la historia económica. Así ha llegado a afirmarse que en la vida de un pueblo la economía ocupa el lugar más bajo, en tanto que la filosofía y la religión resplandecen en el más elevado. Ha quedado así justicieramente reivindicada la cultura.

En verdad lo que da el tono a una época, lo que cambia la escala de valores y las formas de la convivencia son los grandes hombres, los hombres representativos, los que son la sal de la Tierra, los "héroes" de Carlyle. Por eso Friedell ha podido decir que una época que no halla a sus héroes es "patológica". Más que Pericles, Sócrates define el espíritu de la antigua Grecia junto con Platón y Aristóteles; Shakespeare ilustra sobre el Renacimiento Isabelino ciertamente más que la misma Isabel de Inglaterra; y Voltaire nos informa mucho más del siglo XVIII que Luis XV o Federico el Grande; e igual puede afirmarse de las épocas en que les tocó vivir, de Rousseau y de Marx. De allí la importancia de Chateaubriand, Victor Hugo y Anatole France para ver, a través de sus ojos y los nuestros, lo que en verdad fue la Revolución Francesa.

Para no pecar de parcialidad en su favor, he escogido el peor momento de su curso histórico, el del Terror reflejado por un contemporáneo, Chateaubriand, y por dos narradores de dos generaciones sucesivas, Victor Hugo y Anatole France. El primero vivió entre 1768 y 1848, el segundo entre 1802 y 1885, y el tercero entre 1844 y 1924. Chateaubriand termina sus *Memorias de Ultratumba* en 1841, casi cincuenta años después del reinado del Terror, Victor Hugo concluye su *Noventa y Tres* en 1873, ochenta años después de sucedido, y Anatole France publica *Los dioses tienen sed* en 1912, cerca de ciento veinte años más tarde. Los dos primeros son románticos aunque de diferente y resaltante personalidad; el último es escéptico y pesimista. Los tres exhiben cierta desesperanza y una difusa tristeza sobre la suerte de Francia luego de la Gran Revolución, pero se equivocaron en esto, porque la grandeza de Francia, la de su espíritu, ha sobrevivido.

Chateaubriand

François-René vizconde de Chateaubriand fue un hombre genial, personaje singular e interesante, a menudo sombrío y altanero. André Maurois ha dicho con acierto que procuró hacer de su vida una obra de arte y lo que consiguió fue hacer una obra de arte sobre su vida: sus

Memorias de Ultratumba para ser publicadas después de su muerte. Recordemos, antes de seguir, que el mejor testigo de la unidad de su conducta y sus ideas fue su pobreza, y que esto explica que al fin de sus años, cuando estaba pobre y olvidado, tuviera que vender los derechos a editarlas a cambio de una renta viajera. Y esto lo logró mediante un recurso al que apeló con sencillez y naturalidad ejemplares, cual fue el de organizar una especie de "pool" o "sindicato" de viejas queridas, duquesas inmensamente ricas, que compraron las *Memorias* e hicieron así un brillante negocio, pues las ediciones se han sucedido ininterrumpidamente desde entonces.

Fue amado por las mujeres más bellas y espirituales de su tiempo, como la inolvidable Pauline de Beaumont, tempranamente desaparecida en Roma, y la estupenda Madame Récamier. Vio la luz en el seno de una antiquísima y noble familia bretona y su infancia transcurrió en el castillo de Combourg, al que describe así: "Por todo silencio, oscuridad y rostro de piedra". Abraza la carrera de las armas y va a Versailles, a la corte de Luis XVI. Conoce luego la expatriación; la miseria, la lucha sin esperanza en el absurdo ejército de los "emigrados", retorna a Francia con la paz interior impuesta por el Consulado de Napoleón Bonaparte y se inicia a su servicio en la diplomacia, pero luego lo enfrenta por causa del fusilamiento del duque de Enghien. La publicación de *El genio del cristianismo* lo convierte en un escritor de moda e ingresa a la Academia. Emprende largos viajes y asume una nueva emigración, pero vuelve a su país con los Borbones y durante la Restauración es embajador y par de Francia, político, ministro de relaciones exteriores y, digámoslo francamente, la negación de un estadista. Formidable escritor, está en la línea de su antecesor, el duque de Saint-Simon, famoso memorialista de los reinados de Luis XIV y la Regencia y de su continuador, me atrevo a decirlo, el incomparable Marcel Proust, que lo admiró.

Trató a los personajes más encumbrados de su tiempo, participó del movimiento de las ideas, fue testigo de acontecimientos trascendentales y lució en su larga existencia un estilo inconfundible: el de su incontaminado señorío. Su primer libro lo publica en 1797, cercano al

Terror, pero no es allí, en el *Ensayo sobre las revoluciones*, donde podemos enterarnos de lo que pasó, pues no brilla como ensayista ni pensador sino como escritor, adalid del romanticismo, como que su vida fue un largo romance con el destino. Según expliqué al principio, es en las *Memorias* donde aprendemos cómo fueron él y sus contemporáneos. En ellas dice ser: “republicano por naturaleza, monárquico por razón, borbónico por honor”. Agrega: “me hubiera arreglado mejor con una democracia si no hubiera podido conservar la monarquía legítima, que con la monarquía bastarda instituida yo no sé por quién”. Se refiere a la instaurada por el llamado “rey burgués”, Luis Felipe de Orléans, luego de la revolución de 1830.

En un folleto titulado *La Restauración y la Monarquía Electiva* sostiene que “sólo la monarquía hereditaria puede ser un régimen liberal, porque sólo ella puede ser bastante fuerte para no temer la libertad”. Sainte-Beuve lo compara a “uno de esos maridos que guardan su mal humor para su mujer. Su mujer era el partido realista. Él le había jurado fidelidad, pero nada más. A sus adversarios les reservaba todo su encanto”.

Defensor apasionado de la libertad, lo prueba su magnífico artículo publicado en el periódico “Mercurio”. Es un comentario sobre el fusilamiento del duque de Enghien en 1804, que determinó la renuncia de Chateaubriand a la carrera diplomática y el rompimiento con Napoleón. Empieza así: “Cuando en el silencio de la abyección, donde no se oye más que resonar la cadena del esclavo y la voz del delator, cuando todo tiembla ante el tirano y es tan peligroso incurrir en su favor como merecer su desgracia, el historiador aparece, encargado de la venganza de los pueblos. Es en vano que Nerón prospere. Tácito ya ha nacido en el imperio”. Napoleón se irritó y quiso “sablearlo en la escalinata de las Tullerías”. Al final se conformó con desposeerlo del “Mercurio”, que era todo el patrimonio de Chateaubriand.

Una carta a Tocqueville en 1835 define su pensamiento político sobre el porvenir: “La idea democrática está por todo, ella socava todos los tronos, arruina todas las aristocracias. Se podrá combatirla; algunos accidentes po-

drán suspender el desarrollo; pero se haga lo que se haga y se diga lo que se diga, la victoria definitiva le pertenecerá". En las *Memorias* dice contra la igualdad absoluta: "... traería no solamente la servidumbre de los cuerpos, sino la esclavitud de las almas; se trataría nada menos que de destruir la desigualdad moral y física de los individuos".

Sobre su repudio al Terror en las *Memorias*, ilustran las listas que da de guillotinos, fusilados y desaparecidos en los "ahogamientos", entre ellos la ejecución de su hermano mayor, heredero del título de conde Chateaubriand, y su esposa. Es conmovedor y terrible el relato que hace del París revolucionario: "Mientras que la tragedia rugía en las calles, la moda pastoral florecía en el teatro; no se trataba sino de inocentes pastores y virginales doncellas, campos, arroyuelos, praderas, ovejas, palomas, edad de oro bajo la paja, revivían en los suspiros de la rudimentaria flauta ante las lánguidas Ircis y las ingenuas tejedoras que salían del espectáculo de la guillotina... Los convencionales se jactaban de ser los más benignos de los hombres; buenos padres, buenos maridos, llevaban a pasear los nietos; les servían de nodrizas; lloraban de ternura ante sus simples juegos; tomaban dulcemente en sus brazos a sus pequeños corderos, a fin de mostrarles el 'dada' de las carretas que conducían las víctimas al suplicio. Cantaban la naturaleza, la paz, la piedad, la beneficencia, el candor, las virtudes domésticas; estos beatos de filantropía hacían cortar el cuello a sus vecinos con una extrema sensibilidad, para la más grande felicidad de la especie humana...".

Retrata a los personajes de la Convención, que son para él "una serie de cabezas de Gorgonas": "... Marat que decía con una fisonomía chata y una media sonrisa de una frivolidad de cortesía que la antigua educación ponía en todos los rostros: 'Pueblo, te hace falta cortar 270.000 cabezas'; Fouché llegado de Juilly y de Nantes estudiaba el desastre bajo estos doctores y en el círculo de las bestias feroces atractivas, junto a la tribuna, tenía el aire de una hiena vestida... A Marat se le dedicó esta plegaria: 'Corazón de Jesús, Corazón de Marat; Sagrado Corazón de Jesús, ¡Oh Sagrado Corazón de Marat!'".

Relata Chateaubriand que se imploró a Danton por los prisioneros y que éste respondió: "Me importa un bledo de ellos. . . No juzgaremos al Rey, lo mataremos. . . Estos sacerdotes, estos nobles, no son culpables, pero es necesario que mueran, porque están fuera de lugar, traban el movimiento de las cosas y dificultan el porvenir". Concluye Chateaubriand que Danton era sin embargo ¡moralmente superior a Robespierre! Menciona también que la moda era ¡la de llevar una pequeña guillotina de oro en el ojal! A qué seguir. . .

De Chateaubriand no quedan materialmente sino sus cenizas, enterradas junto al mar de su Bretaña que lo vio nacer, acunado por las olas "que no cambian jamás", pero espiritualmente perdurará mientras haya quien ame a Francia y su cultura, en sus *Memorias* inmortales.

Victor Hugo

Victor Hugo es un escritor inmenso como una cordillera, pleno como ella de variedad y grandeza. No fue un filósofo ni un pensador sino un poeta y un novelista. Se ha dicho de él que, a falta de ideas claras, posee tendencias enérgicas y agita en nosotros ciertas angustias sociales y metafísicas. No piensa, por eso, sino por imágenes, crea mitos y expresa emociones pero de un orden universal. Su forma más original es la de la metáfora.

Como una primera aproximación digamos que Victor Hugo, que comenzó siendo muy crítico de la Revolución Francesa, terminó admirándola y dijo que "los románticos" (como él) "vilipendiados como traidores a su herencia cultural, habían replicado que su movimiento no era otra cosa que el liberalismo, o aun el espíritu revolucionario trasladado a las letras". Añadió que ninguno de los adversarios de la Revolución Francesa quería volver a lo que Francia era antes de 1789. Más adelante afirmó que hubiera sido "sorprendente y deplorable que un sacudimiento de toda una sociedad, hubiera quedado sin influencia sobre las letras". Y expresó: "¿La cosecha es menos bella por haber madurado sobre un volcán?"

Más adelante consideró que las revoluciones "son un insondable misterio que desafía a la razón humana, pero

tal vez elemento indispensable al gran plan divino, como lo son los relámpagos y truenos a la perla que hacen los mares". Pero es incuestionable que su piedad ardiente por los humildes y los miserables y su defensa de la infancia y la educación, junto con el odio que profesó a toda opresión, lo adhieren implícitamente a la Revolución Francesa.

En *Noventa y Tres* Victor Hugo relata un episodio supuesto, trágico y épico, de la sublevación de la "Vendée" monárquica y religiosa, que termina con un arrebatado romántico, cuando el padre condena al hijo a la guillotina por ser "blando" con los rebeldes y enseguida se suicida. Un crítico ha dicho que la novela es "el rostro convulsionado de la revolución"; y que "el noventa y tres es el año en que la Convención condensa el misterio de la historia, sella la alianza de sus monstruos con sus prodigios, levanta la figura de Gorgona de su necesidad. Ante la Montaña (los extremistas de la Convención) el soñador es medusado".

En la novela Victor Hugo dice: "para muchos razonadores en frío que hacen después de acaecido la teoría del Terror, noventa y tres ha sido una amputación brutal pero necesaria. . . Lo que llamamos la guillotina no es más que un bisturí. Es posible. Pero no nos dirijamos más al cirujano sino al médico". Y añade que en el noventa y tres la libertad no podía venir sino de la expansión revolucionaria y esta solamente de la Convención. He aquí su juicio definitivo: "Asamblea que ha roto el trono y que ha salvado el país, que tuvo un duelo con la monarquía como Cromwell y un duelo con el universo como Aníbal, que tuvo a la vez genialidad como un solo hombre; en una palabra que ha cometido atentados y que ha hecho prodigios, que podemos detestar, que podemos maldecir, pero que debemos admirar".

Cuando Napoleón III el 2 de diciembre de 1851 funda el Segundo Imperio con un golpe de Estado, Victor Hugo lo combatió violentamente desde el exilio dándole el nombre de "Napoleón el Pequeño" con que pasó a la posteridad. Entonces acuñó estas palabras: "La tribuna francesa. Habría que escribir un libro para decir lo que contiene esta palabra. La tribuna francesa es, desde hace sesenta años, la boca del espíritu humano. . ." Y profiere

esta exclamación: "Tú que por el Terror salvaste la libertad. Tú que llevas este sombrío nombre: necesidad. Permanece solo siempre, ¡Titán Noventa y Tres!".

Únicamente en *Noventa y Tres* he hallado la descripción impresionante de la Sala donde funcionó la terrible Convención. Dice así: "Cuarenta y dos metros de largo, diez metros de ancho, once metros de alto eran las dimensiones de lo que había sido el teatro del rey y se convirtió en el teatro de la Revolución... Una armazón sobre la cual se escalonaban las tribunas públicas, tenía, detalle que merece la pena mencionar, por punto de apoyo, un solo poste. Era de una sola pieza y tenía diez metros de largo. Pocas cariátides han trabajado como este poste: él ha soportado la aclamación, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de las cóleras, la revuelta. El nunca cedió". También recuerda Victor Hugo que custodiaban el recinto las estatuas de Licurgo, Solón y Platón, de proporciones colosales, y una Declaración de los Derechos del Hombre y la Constitución del año II adosadas a la pared. Añade que "la frívola decoración originaria del teatro había sido suplantada por ángulos duros, rectilíneos y fríos como el acero". Por eso concluye Victor Hugo que "era algo así como Boucher guillotinado por David". El pintor cortesano de Luis XV por el pintor épico de la Revolución.

En ese recinto se desarrolló uno de los más grandes dramas de la humanidad, precisamente el año 1793, y desde su tribuna, personajes grandiosos y repulsivos sembraron el Terror para ser luego sus víctimas, porque "la Revolución devora a sus hijos".

Anatole France

Jacques-Anatole-François Thibault inmortalizó el nombre de Anatole France, deformación esta última de su apelativo François. Era escéptico, perezoso y genial. De Rostand dijo que había hecho los peores versos franceses después de Victor Hugo, y detestaba a Chateaubriand por su estilo un poco enfático y pomposo y por haberse dejado amar por las mujeres en vez de amarlas. Además su prosa, en oposición a la de aquellos, es sencilla y

serena, de una pureza incomparable. Decía que “la ironía y la piedad son dos buenas consejeras. Una, sonriendo nos hace la vida amable; la otra, que llora, nos la torna sagrada”. También pensaba que “un libro sin ironía es una foresta sin pájaros”. No creía en la bondad de los hombres pero, sin embargo, en el fondo de su corazón había una luz de esperanza, que resplandeció cuando dijo al inaugurar la estatua de Renan, que “lentamente, pero siempre, la humanidad realiza los sueños de los sabios”.

Partidario de un utópico socialismo no reverenció a la Revolución Francesa. Al contrario de algunos de sus críticos, que lloraban la desaparición del Viejo Régimen, Anatole France la acusaba de no haber mejorado sustancialmente las cosas, de no haberse alejado bastante del pasado monárquico y feudal, de no haber destruido todos los privilegios. A quienes lo tildaron de reaccionario por no haberla elogiado, respondió que con *Los dioses tienen sed*, “no quise sino demostrar que los hombres no son lo suficientemente buenos para ejercer justicia en nombre de la virtud, y que más bien debieran contemplar la necesidad de ser generosos y compasivos”.

En su novela describe así una escena de las calles de París durante el Terror: “. . . precedido por un zapador que hacía lugar al cortejo, rodeado de oficiales municipales, de guardias nacionales, de cañoneros, de gendarmes, de húsares, avanzaba lentamente, sobre las cabezas de los ciudadanos, un hombre de color bilioso, la frente ceñida de una corona de encina, el cuerpo envuelto en una vieja levita verde con cuello de armiño. Las mujeres le arrojaban flores. Él paseaba a su alrededor la mirada penetrante de sus ojos amarillos, como si, en esta multitud entusiasta, buscara todavía enemigos del pueblo que denunciar, traidores que castigar”. Es estupendo el discurso que Anatole France pone en boca del viejo republicano que añora el gasto de la corte borbónica; dirigido a Evaristo Gamelin, protagonista de la trama y según ella obscuro pintor elevado por Robespierre a miembro del Tribunal Revolucionario, del odiado Comité de Salud Pública. Dice así el viejo republicano: “Ciudadano, estáis investido de una magistratura augusta y temible. Os felicito de prestar las luces de vuestra conciencia a un tribunal más seguro y menos falible

tal vez que cualquier otro, porque él busca el bien y el mal no en ellos mismos y en su esencia sino solamente con relación a intereses tangibles y sentimientos manifiestos. Tendréis que pronunciaros entre el odio y el amor, lo que se hace espontáneamente, no entre la verdad y el error, cuyo discernimiento es imposible al débil espíritu de los hombres. Juzgando de acuerdo con los movimientos de vuestros corazones, no arriesgaréis equivocaros, porque el veredicto estará bien dictado supuesto que satisfaga las pasiones que son vuestra ley suprema". Y aquí la acotación final en que la ironía se cierne sobre su presa: "Pero, es igual; si yo fuera vuestro presidente, yo haría como Bri- doie, me sometería a la suerte de los dados. En materia de justicia es aun lo más seguro".

Acerca de cómo juzgaba realmente el Tribunal Revolucionario ilustra a la perfección esta reflexión que Anatole France encomienda al protagonista Evaristo Gamelin: "... ¡Terror saludable! ¡Oh Santo Terror! ¡Amable Guillotina! El año pasado en esta época, la República estaba desgarrada por las facciones, la hidra del federalismo amenazaba devorarla. Ahora la unidad jacobina extiende el imperio de su fuerza y su sabiduría... ¡La clemencia, el perdón! ... ¿Los traidores perdonarían? ¿Los conspiradores clementes?..." Y a su amante Elodia, luego de alzar a un niño le dice: "Yo he besado este niño, tal vez haga guillotinar a su madre". Entonces Elodia le responde: "¡A mí también, hazme cortar la cabeza! Y a la idea del cuchillo en la nuca, toda su carne se fundía de horror y voluptuosidad".

Digamos al despedirnos de Anatole France, que a él le debemos una de las más bellas oraciones fúnebres que nunca se pronunciaron, la que él debió vertir en la tumba de Emile Zola, que había asumido valerosamente la causa de la justicia y de la verdad en el inícuo proceso a Dreyfus que en el siglo pasado enloqueció a los franceses. Entre los conceptos que dejó caer sobre el auditorio, con relación al famoso autor del *J'accuse!* que salvó el honor de Francia, expresó que él había sido "Un momento en la conciencia humana".

Un juicio

Creo que lo que en definitiva cuenta en la Revolución Francesa es el saldo que deja, la herencia que transmite: los derechos humanos, el constitucionalismo, el Estado moderno, el liberalismo, la codificación, el principio de las nacionalidades. Hubo antes y después otras conmociones sociales, otros levantamientos populares que se le parecen, pero ninguno de ellos procreó, y esto es lo fundamental, como la Revolución Francesa, un mundo nuevo.

El espectáculo que nos ofrece es grandioso y terrible. Nada en ella es mezquino ni de mal gusto. Los personajes son formidables, incluso los anónimos, los descamisados, que sólo pudieron ser imperfectamente imitados después. Creo que cabe identificar así a los protagonistas: Luis XVI, o la ingenuidad; Danton, o la audacia; Robespierre, o el fanatismo; Marat, o el odio; Mirabeau, o la elocuencia; Sièyes, o la sabiduría; Talleyrand, o la clarividencia; Fouché, o el crimen; Rousseau, o el profeta; María Antonieta, o el infortunio; Carlota Corday, o la venganza; Lafayette, o la buena suerte; Napoleón, o el genio; la Convención, o el infierno.

Chateaubriand, sombrío y triste, porque fue amado pero no supo amar, ve a la Revolución como el paso a una democracia inevitable e indeseable para él; Victor Hugo, la contempla románticamente, abomina sus excesos pero celebra sus conquistas para la humanidad; Anatole France, como apenas cree en el porvenir, considera que se pagó un precio alto para conseguir muy poco, porque los hombres nunca aprenderán a ser justos y por lo tanto a ser felices. Pero los tres, en el fondo de su corazón, la admiran en lo que ella tiene de divino y de diabólico.

Una confesión

Señor presidente: Señoras y Señores: Y ahora una confesión que más bien será un reconocimiento, pues encierra algo que ya habréis advertido. Don Ramón del Valle Inclán, el de "las barbas de chivo" de que habla Rubén Darío, decía del marqués de Bradomín, su hijo intelectual, que "fue un don Juan admirable; que era feo, católico y

sentimental". Poseo estas últimas condiciones para mi donjuanismo puramente histórico y literario; y lo mismo que Bradomín amó apasionadamente a su amada, mis palabras estuvieron teñidas de la pasión que siento por la mía que acabo de describir tan mal, pues siempre estuve, perdonadme y sed piadosos, perdidamente enamorado de la Gran Revolución, de la Revolución Francesa de 1789.